

Eduardo Otálora
Marulanda

MADOLIA

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

Reunido el jurado del Premio Juan March Cencillo de Novela Breve,
formado por don Manuel Borrás, don Fernando G. Corugedo –en calidad de secretario–
don Javier Goñi, don José Luis de Juan y don José Carlos Llop –en calidad de presidente–,
otorgó por mayoría la XX edición de dicho premio a la novela *Madolia*
de Eduardo Otálora Marulanda

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación
de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción pre-
vista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún
fragmento de esta obra.

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Imagen de la cubierta: *Fuente de Neptuno*, Bolonia (Italia)

1ª edición: marzo de 2013

© Eduardo Otálora Marulanda, 2013

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2013

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www-pre-textos.com

en coedición con:
FUNDACIÓN BARTOLOMÉ MARCH SERVERA



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15576-45-7

DEPÓSITO LEGAL: V-544-2013

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

A LAS ONCE y veintitrés de la mañana dio el primer grito, sonó como el lamento de un cachorro al que le pisan la cola; luego vinieron largas exhalaciones en las que parecía írsele el alma. Comprobé, al llevarla al seno de su madre para que bebiera el calostro, que esta niña había robado la vida que le quedaba a Arana, pero igual puse sus diminutos labios morados en el seno desinflado y la dejé chupar, convencida de que una recién nacida no distinguiría entre la leche de los vivos y la de los muertos.

No me sorprendió que hubiera fallecido al exigirse con la última puja, pues la tos sangrante que la acompañó los últimos dos años nos había avisado a todas de que la tuberculosis la mataría. No se dejó morir durante el embarazo porque yo podré ser cualquier cosa, me dijo dos noches antes de parir, pero no una homicida y menos de un ser que he tenido metido en las entrañas. Quizás por eso siempre trató bien a sus clientes, saludándolos con cariñosos besos en las mejis-

llas y despeinándoles las cabelleras sucias por el hollín del muelle, sonriendo cuando ellos la recorrían con sus manos callosas y manchadas de grasa, gimiendo con pasión al sentir las embestidas arrítmicas con que avisaban sus agónicos orgasmos, despidiéndose con abrazos tibios y promesas, aunque la hubieran cogido de cabeza para fustigarla con varas empapadas en sal y limón. Ella era lo que yo llamo una puta-pura-sangre, de aquellas que el tiempo está relegando al olvido, de las que aprendieron pronto que deben respetar la casa que las abriga, la mano que las alimenta y los clientes que dan sentido a sus vidas, de aquellas a las que no se les tenía que enseñar a lavarse antes y después de prestar un servicio, de esas a las que nunca les gustó beber pero saben cómo emborrachar a los clientes para que dejen sus billetes arrugados en mi bolsillo. Ella engalanaba mi casa, esta que me costó tantas noches en el muelle esperando a que marineros maloslientes a vómito de borracheras eternas se durmieran después de que me usaban; les robaba las monedas y me escabullía de nuevo al muelle, a rogar que cuando volviera a encontrármelos no me reconocieran. Sólo dos veces me recordaron: de la primera me quedó una larga cicatriz en el costado que ahora se esconde en la flacidez de mi piel; de la segunda no hubo huella porque el arpón con que quiso marcarme la cara terminé clavándoselo en la garganta. Fue mi primer muerto. El

segundo fue la antigua dueña de esta casa, una mujer regordeta que decía estar apenas cruzando la tercera década, pero que en cada pliegue de su prominente barriga, una violenta mezcla de estrías y cicatrices, delataba más de medio siglo. Prometo que pago cumplida, le dije. Yo no confío en las putas, respondió. Pero ¡si usted fue una! Por eso mismo, sé cómo somos, sé que el cliente pierde si se queda dormido. Si la clienta soy yo, de lo único que se debe preocupar es de cobrar. Se quedó pensando y preguntó ¿quién me garantiza que va a tener con qué pagar? Yo. No sirve. Entonces propongo que si el próximo mes no tengo para el alquiler, le dejo todas las putas que haya reclutado y me quedo trabajando gratis. Por supuesto aceptó. Dos semanas después apareció Calixto, lo encontré fuera de la gallera con la cabeza rota y la sangre coagulada mezclada con restos de vidrio y mierda de gallina; su cara de perro herido me conmovió y decidí acercarme. Mi doña, dijo, que Dios se lo pague. Ya tendrás que pagármelo tú, le respondí levantándolo. Lo traje a la casa e instalé en la bodega del patio, donde no tuvo problema en dormir sobre costales de fique empolvados, ni en arrojarse con las sábanas sucias que donaron mis primeras putas. Cuando pasé a llevarle comida y a limpiarle las heridas, lo encontré dormido, moviendo sus labios gruesos y resecos como si estuviera mamando. “Te hace falta mamá –pensé–. Quizás no has llegado

al lugar indicado, pero date por bien servido.” Lo cuidé los dos días que durmió y luego comió como si nunca antes lo hubiera hecho, agradeciendo tanto que le dije en esta casa nos gustan los hombres callados, porque a los que hablan les cobramos; desde entonces sólo habló cuando era indispensable. El día que pudo levantarse de la cama y me lo encontré entrando en la cocina, lo invité a que se sentara conmigo a la mesa que usábamos de comedor. Me debes la vida, le dije, ahora te toca pagar. ¿Qué sería, mi doña? El viernes en la mañana viene una gorda de pelo color violeta; cuando salga a la calle te le acercas por la espalda y la degüellas; tráeme la lengua como prenda. Mi doña, yo nunca he matado, dijo con los ojos encogidos, escondiendo su iris azabache que daba la sensación de que no tenía pupila, o mejor, de que tenía una pupila enorme, de cazador nocturno. Entonces empezó a jugar con sus uñas, a limpiar la mugre de la del meñique izquierdo con la del índice derecho. No mientas, que todos los hombres de gallos han matado; sólo piensa que es una gallina. No quiero, mi doña; estoy cansado de que la sangre me salpique la cara. Calixto, si no traes la lengua de la gorda sales de esta casa y no te quedará más remedio que volver a la gallera a cuidar mandamases que te pedirán matar mil veces; una gorda muerta por una vida sin muertos; sólo piénsalo.

El viernes por la noche hice la inauguración oficial de la casa. Mis niñas recibían a todo el que entraba con

un coctail rojo-espeso. Qué buen *bloody mary*, se empezó a escuchar recorriendo el salón principal. “Pobres incautos –pensé–, pobres niños grandes y malencarados, llenos de cicatrices de las que se enorgullecen como si fueran trofeos robados a la muerte, pobres ellos que se jactan de ser agudos como ojo de felino, pobres todos ellos que hoy celebraban bebiendo la lengua licuada de una puta vieja y gorda.” Cuando se acabó el bati-do de lengua y, por ende, las cortesías, los clientes ya se contaban por decenas y venían a pedir más. Entonces mostré la bien abastecida estantería de licores detrás de la barra y empecé a cobrar hasta las huellas de agua que se marcaban en los portavasos, para dejar claro a ese tropel de viejos marineros sifilíticos que ésta sería una casa decente, no un putiadero cualquiera, que serían bien recibidos y hasta bañados siempre que tuvieran jugosos botines en las escarcelas. No faltaron los que se fueron; los dejé salir sabiendo que nada tenían para nosotras. Los que se quedaron pronto dejaron de refunfuñar: no hay humor que no pueda ser amansado por el terciopelo bien cuidado de una puta coqueta.

Augurios de prosperidad llegaban con cada nuevo hombre que cruzaba la puerta y dejaba en manos de Calixto el coste de entrada.

* * *

Tuve que ayudar a Arana con el parto porque todas las parteras del puerto estaban ocupadas respondi-